

1.- La santidad don de Dios:

El Papa, Benedicto XVI, en su Encíclica “Dios es amor” decía que “los santos son verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor”.

La santidad es un don personal de Dios, comunicación permanente de Dios Trino en fe y amor. Íntimamente presente al hombre, se hace vida del hombre. Queda santificado hasta el cuerpo, no por un gesto ocasional que le marcara, sino por la inhabitación del Espíritu, que lo convierte tal y como es, cuerpo y espíritu, en morada permanente y base de su irradiación en el mundo (Cor 6,19). Es un don para irradiar, difundir, contagiar a toda la humanidad. La santidad es un ministerio, una misión. El Espíritu transforma y santifica a una persona, a una comunidad, para hacerlas instrumentos adecuados que lleven a cabo su obra de salvación en el mundo. Lo SANTO en el lenguaje Bíblico designa una realidad compleja que toca el misterio de Dios, el culto y la moral, englobado y sobrepasando las nociones de sacro y puro. La noción Bíblica se refiere a la fuente de la santidad, a su comunicación a los hombres por la participación del Espíritu, y en el hombre a su irradiación vital ética. Incluyendo la separación de lo profano, la pertenencia a Dios sobre todo por la participación de su santidad, y la resonancia moral en el hombre.

El proceso de progresiva asimilación a Cristo, no obstante ser esencialmente obra del amor divino, exige la práctica incesante del heroísmo cristiano, porque se trata de una transformación radical de todo el ser humano, débil y pecador al encontrarse profundamente afectado por tendencias egoístas o egocentrismo. Entre virtudes heroicas y vida cotidiana hay una correlación necesaria y mutuamente vinculante. No resulta exacto encarnar el heroísmo

cristiano en el cumplimiento de determinados actos que por su misma naturaleza son excepcionalmente difíciles o espectaculares. Se olvida entonces que la perseverancia en actos continuos aunque no sean, de suyo, heroicos, cuando se mantiene por muchos años, constituye verdadero heroísmo cristiano cuyo cauce preferido es superar el desgaste y tedio de lo cotidiano.

Qué hace de la santidad un don. Estamos en el plano hondo de la comunicación personal; santificar al hombre es transformarle, elevándole en Cristo a la condición de hijo, ejerciendo para con Él su Divina Paternidad.

Por donde se quiera que empiecen los textos de la revelación en el NT, llevan siempre explícitos o implícitos los diversos aspectos del misterio de la santidad: Ser de Dios, acción de Dios sobre el hombre, conformación de éste a la imagen de Cristo, renovación moral. Si comienza por la santidad de Dios, concluye en el compromiso de vida cristiana santa; si empieza por las exigencias de vida cristiana, lo justifica luego recurriendo a la santidad de Dios. "Así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta; como dice la Escritura; seréis santos, porque Santo Soy Yo (Lv 19,2) (1Pe 1, 15,16).

2.- LA SANTIDAD Y VIRTUDES DE LA SIERVA DE DIOS MERCEDES DE JESÚS.

La santidad es la atmósfera de Dios y que en ella tenía que desenvolverse para mantener su familiaridad con Él hasta la transformación en sus sentimientos. Y esto no lo conseguiría sin una fidelidad exquisita a sus gracias, sin una pureza de corazón total y sin un despego absoluto de todo vicio e imperfección.

El Espíritu de Dios la movía hacia lo que Él más valora y más le agrada: los trabajos humildes en silencio.

Decidida hacia la santidad

Buscando con qué alimentar su alma, Madre Mercedes, que anhelaba la santidad, se sirvió del libro de las “Cautelas” de san Juan de la Cruz para animarse en el camino de la perfección y ponerlas en práctica, pues echaba de menos la espiritualidad propia de la Orden, y a veces sentía mucha envidia de las familias religiosas que disfrutaban leyendo y bebiendo el espíritu de sus Fundadores. Nos diría ella:

“¡Cuánta nostalgia pasé de esto!”

Dios ya iba despertando en su alma la misión que debería realizar en su Iglesia.

El Señor la fue preparando concediéndole muchas gracias en la oración, por medio de la lectura de la Sagrada Escritura que leía con avidez, con admiración, con infinito gozo y que la encendía en amor divino, causándole una felicidad grandísima. Por lo que toda su vida, deseando corresponder a este amor de Dios, se desenvolvía en clave de más, se daba a la penitencia y oración. Así, por ejemplo, al sentir tanto la presencia de Dios en ella, después de comprobar que nadie la veía, se ponía de rodillas en los claustros y besaba el suelo para adorarle y amarle con toda su alma.

También en el agua que bebía, deseaba beberle a Él y glorificarle. Siempre que bebía del vaso, lo hacía en tres veces, diciendo con el alma en cada una, la doxología de la divina Trinidad:

“Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”.

El mismo espíritu de amor la impulsaba a la mortificación de sentidos y pasiones. Se sentía tan llena de Dios interiormente y con tantos deseos de ofrecer al Señor la renuncia a todas las satisfacciones que se le ofreciesen, que las aprovechaba

disimuladamente. Por ejemplo, cerraba los ojos cuando llevaban a comunidad algunas cosas interesantes, que llamaban la atención a todas. Como ella después nos diría:

“¡Cuán necesaria es la mortificación para mantener la vida interior! Renunciar a cuantos disfrutes materiales nos permita la salud por amor de Dios, que es nuestra Vida, es sabiduría de Dios

La presencia de María Inmaculada

Como fiel concepcionista, su amor a María Inmaculada, era tan grande que, siempre que iba a recibir alguna gracia especial de Dios, experimentaba en su alma la presencia y entrega humilde, suave, dulce y serena de la Santísima Virgen. La presencia maternal íntima de María la preparaba a recibir a Dios y a transmitir, en su modo de ser, la dulzura y la humildad.

La fuerza del Amor

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús caló muy hondo en su vida espiritual y fue una ayuda muy fuerte en la práctica de la virtud.

“Mi alma se llenaba de fuerza espiritual y amorosa, de regocijo, que me hacía más fácil lo difícil”.

“La virtud crece con la virtud, el vicio con el vicio. La tibieza genera tibieza, el fervor, más encendido fervor. El amor crece amando, en cambio muere saciando egoísmos. La disipación debilita el espíritu, el recogimiento interior lo fortalece. El dominio propio construye, los gustos y apetencias desordenadas nos destruyen. Poca oración nos avoca al pecado, en cambio la vida interior debilita nuestra afición al mal. Si luchamos contra el pecado, éste irá perdiendo fuerza en nosotros y quedaremos libres de su esclavitud. Si nos esforzamos en practicar la virtud, su fuerza irá dominando nuestro espíritu, y llegaremos a encontrar deleite en practicarla”.

(Libro: "Ejercicios espirituales" de Madre Mercedes de Jesús, BAC, Madrid, 2005, p. 39).

3.- Las dimensiones de la Santidad en la Sierva de Dios:

3.1.- DIMENSIÓN TEOLOGAL. Incluye la relación personal con Dios en fe y amor; recibir y dar, escucharle y hablarle. Va dentro también el trabajo apostólico, cuando reviste carácter personal de servicio a su Reino, no de simple actividad religiosa. Se realiza por medio de la fe, la caridad, la esperanza. Santo es el que está invadido y cogido por Dios, conquistado enteramente por su amor, y al mismo tiempo ha hecho de ese amor el centro de su ser y de sus movimientos.

Los que la conocieron nos dicen de ella:

Fe

-Tenía una presencia de Dios profunda porque estaba muy unida al Señor en todo. Esto lo transmitía transparentaba a Dios llena de paz.

-Brilló su amor a Dios por encima de todo, porque toda su vida se movía en Dios. Se puede decir que la sierva de Dios descansaba en el intenso amor a Dios en todos los momentos de su vida. Cuando estaba enferma decía: -¡Ay mi Dios amado! Siempre manifestaba en todo su deseo de hacer la voluntad de Dios. Cualquier ofensa a Dios le hacía sufrir igual que la frialdad de mucha gente. No se pudo percibir en ella nada que se opusiera al amor para con Dios.

-Vivió la virtud de la fe en grado sobrenatural, viendo todo lo que venía como expresión de la voluntad de Dios y encajando las circunstancias adversas. Su búsqueda persistente por conocer y secundar la voluntad de Dios, tanto en el camino de su personal

seguimiento de Cristo como en los planes de Dios para la Orden religiosa

Esperanza

-La sierva de Dios vivió la virtud de la esperanza en grado heroico a lo largo de toda su vida. La manifestaba infundiéndola a nosotras. Siempre nos decía que todo lo que pasaba era para bien. Todo lo afrontaba con mucha paz. Nunca se pudo percibir en ella nada contrario a la virtud de la esperanza. Llegará un momento en que Dios hablará y desde ahí sabía abandonarse en manos de Dios.

Caridad

- su hondo sentido, y amor, por la Iglesia. Ella percibía y vivía con intensidad las realidades de la Iglesia. Se sabía miembro de la Iglesia, diocesana y universal; sentía como propios, y de su comunidad religiosa, los afanes apostólicos y misioneros, y las dificultades y problemas de la Iglesia;

- su espíritu fraternal, no sólo para con su propia comunidad y cada una de sus hermanas religiosas, sino para con toda la vida consagrada, y la Iglesia, y la humanidad; su marcado carácter "concepcionista", es decir su tendencia normal a contemplar y a imitar, con la gracia de Dios y sin ahorrar esfuerzos propios, el modelo de perfección de la Virgen inmaculada: la totalidad de su corazón consagrado a Dios, su limpieza de intenciones, su amor fiel..., siguiendo siempre el ejemplo de santa Beatriz de Silva; su afán y su esfuerzo continuo por suscitar y mantener este mismo espíritu en sus religiosas.

-Era una persona amante de hacer favores a todo el que podía. Los pobres eran los preferidos de sus favores y también los que no la querían. Esto no lo hacía por filantropía sino por vivir el evangelio. En relación con la familia su trato era normal. Ella

transmitía a todas las hermanas el amor a Dios. Con los sacerdotes también tenía buena relación. Con el prójimo era exquisita.

-Se muestra en sus escritos una experiencia continuada de carácter trinitario: unión con el Padre como fuente y origen de la vida, hasta la identificación con Él en el momento de la creación; amor que se comunica y quiere la felicidad de infinitas criaturas; experiencia de la unidad entre el Redentor y su redimida, participando de la misma vida; intuición profunda de las vías del Espíritu Santo para santificar al alma, y de la necesaria fidelidad a su acción de gracia. Desde aquí, con una afectividad totalmente orientada en sentido trinitario, la Sierva de Dios propone unas líneas de teología espiritual que resultan preciosas, y concuerdan con las enseñanzas de los más grandes místicos, especialmente Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

3.2.-DIMENSIÓN MORAL.

La perfección cristiana conlleva normalmente el ejercicio progresivo, constante y fiel, de las virtudes morales. Estas virtudes tienen por objeto realizar al hombre y servir de base a la actuación de las teologales. Pueden ser practicadas con independencia a las teologales, sin referencia a la unión con Dios. Entonces la perfección moral resultante no es cristiana, sino cualidad del hombre cerrado a sí mismo, autónomo, "perfecto" en el sentido humanista de la palabra. Es decir, se puede ser virtuoso, sin ser religioso y menos teologal. La perfección moral, que por sí sola es poca cosa, adquiere pleno sentido y relieve, cuando se integra con la dimensión teologal, porque representa una aportación necesaria. Si quitamos la conducta moral, la santidad teologal perdería buena parte de su valor propio y de signo sacramental que es básico en la santidad.

En la Madre Mercedes destaca:

- su aprecio, muy singular, por la vida consagrada y vivida en clausura, es decir: silencio, interior y exterior, pero no olvido ni ignorancia ni de Dios ni de los hombres; recogimiento, para encontrarse con Dios y consigo mismo, pero no huida; búsqueda de paz, pero no miedo a la vida; oración-contemplación, con el centro en Dios Trinidad y sin desentenderse de la vida de los hombres; intensa actividad espiritual, o sea trato con Dios intenso, constante, y en actitud permanente de comprensión, de ayuda, de oración por todos; trabajo intenso, no sólo el trabajo de cada día en las actividades que se haya impuesto la comunidad, sino en ese trabajo más peculiar de las monjas de clausura; "tener propicio" a Dios para con toda la humanidad, suspirar y suplicar que los hombres, cada persona, se conozca y se acerque a la intimidad trinitaria de Dios, hacer suyas las necesidades y las situaciones difíciles de los hombres, sobre todo de los más pobres.

-La vida de Madre Mercedes refleja sobre todo la virtud de la humildad de Cristo, su inmolación en el amor redentor. Desde esta fuente, está llena de una enorme paciencia y mansedumbre, sentido de la justicia divina acompañada de una exquisita prudencia sobrenatural, que la lleva a obedecer más allá de una audacia meramente humana a las inspiraciones de Dios y las decisiones de la Iglesia. Su castidad era vivida como la integridad de una entrega total al único amor divino, de quien se sentía llena y con quien convivía cotidianamente, con una vida íntima de unión con Dios que se refleja en el encanto y el sentido inmediato de la presencia del misterio divino que se suscitaban en todos aquellos que la conocieron, y que se refleja tanto en los temas como en el tono de sus escritos. Ambos dan la impresión de nacer, más que de una convicción profunda, que podría ser meramente humana o intelectual, de una presencia amorosa íntima que, de modo natural, hace brotar inspiraciones e invitaciones al amor divino de una gran

transparencia. Sus escritos comunican misteriosa y limpiamente al Dios con el que estaba permanentemente unida.

Nos dicen los testigos sobre las **virtudes cardinales** de la Sierva de Dios:

-Todo lo encuadraba en el plan de Dios y eso lo manifestaba en su vida y en sus obras. Era dócil y obediente de manera plena al magisterio de la iglesia. Tenía una aversión total al pecado. Decía que teníamos que vivir la virginidad en todo y no sólo en el cuerpo.

-Ella además de lo común en la vida monástica que celebraba con exquisitez cuidada nos enteramos después de algunas prácticas penitenciales que tenía como que algunas noches dormía sobre una cruz de madera. Además hacía el vía crucis en cuaresma cargando con una cruz grande a pesar de todos los dolores que padecía producidos por la metástasis.

-Era prudente en los consejos, nunca decía nada. Muy prudente y muy inteligente a la hora de planificar las cosas. La prudencia no se quedaba a ras de lo humano tenía la impronta sobrenatural.

-La fortaleza la vivió en todos los campos: al enfrentar los dolores que sufría en aguantar las dificultades y no faltando la fortaleza se quejaba confiada a Dios a quien decía que le había confiado una obra a ella que estaba enferma y no llegaban vocaciones. Sus sufrimientos por la vuelta los orígenes los superó con humildad, mansedumbre, paciencia y obediencia

-En cuanto a la templanza dominó todos los apetitos con ayunos, hasta que empezó a ponerse enferma. Muchos días a pan y agua hasta que el confesor le puso límites. Hacía muchas penitencias. Era una persona con pleno control de sus pasiones. Dominaba el cansancio y la fatiga y no tenía problema en afrontar

todo. Austera en la comida, en el vestir, vivía la pobreza con intensidad. Mientras pudo hacía penitencias. No recuerdo haber visto en ella nada contrario a la virtud de la templanza.

-Se valía de la oración, contemplación y de una gran penitencia durante toda su vida. Dormía encima de una cruz. Era fidelísima en la oración, algo que nos inculcó ella. Decía que la oración es la base del cambio. Una parte del día era para preparar la eucaristía y la otra era para dar gracias. Nos decía que teníamos que tener la misma preparación que la Virgen María cuando recibiéramos en la eucaristía el cuerpo de Cristo. Cuando no se podía levantar y oía el órgano se le iba el corazón al coro.

-Ella escogía los trabajos más humildes, cuidaba los cerdos, limpiaba el claustro, hacía la cocina. No faltó en nada al voto de pobreza. Humildad expresada en todo lo que hacía. Podemos decir que todo lo hacía bien y de la manera más oculta.

3.3.- DIMENSIÓN PSICOLÓGICA.

No cabe duda que la gracia se desarrolla en las condiciones psíquicas del sujeto. Entra en la definición misma de la espiritualidad. Hay naturalezas favorecidas, predispuestas para sembrar en ellas santidad: temperamentos fuertes, magnánimos, pacientes, generosos. La semilla produce aquí ciento por uno.

Hay variedades relevantes para la santidad mientras se consigue después de conseguida. El ideal diferirá según se trate de hombre o mujer, activo o no activo. En líneas generales, la mujer está mejor dispuesta para la dimensión teologal: caridad, humildad, religiosidad; en cambio, está menos favorecida en el hombre por el psiquismo para la perfección moral: juega más con la emotividad, y está más expuesta a cambios bruscos, resentimiento, envidia, depresión, etc. El hombre goza de equilibrio moral más estable; pero

es frío, autosuficiente, poco inclinado a entregarse del todo a una sola causa.

Conviene tener presente que la canonización y la santidad no garantiza el temperamento o el carácter de la persona. Como los demás mortales, han conservado su tanto de errores, defectos, miserias, debilidades, falta de criterios, etc. "La Iglesia canoniza a los santos. La opinión pública, con demasiada frecuencia, los diviniza".

-En la Sierva de Dios, como muy bien nos dice uno de los Censores Teólogos se percibe esta dimensión en "la facilidad y prontitud en la fidelidad a la gracia es un rasgo inmediato de su persona, que quedó, como ella dice, «marianizada» por su respuesta generosa a la Palabra divina y al bien espiritual de la Iglesia y de las almas. El rasgo de la alegría, aun en medio de graves dificultades externas e internas, caracteriza de modo eminente todas las realizaciones de Madre Mercedes, que no dejó pasar ninguna ocasión para mostrar la felicidad profunda que la embargaba, después de sus penosos años de purificación, e infundida en todos. El sentido de paz, no violencia, armonía paradisiaca, que quiso plasmar en la orientación de su obra monástica, brotan como de una fuente luminosa de su propia persona. La fidelidad a la gracia produjo en ella frutos de virtudes heroicas que, sin embargo, nunca resultan estridentes: es como si reposasen en el silencio de una estabilidad que tiene algo de la integridad primera, reconquistada por la gracia y el esfuerzo, como reflejo del rasgo divino que Madre Mercedes más estimaba: la estabilidad divina. Estabilidad en el silencio, raíz profunda que pasa desapercibida, como la misma vida y figura de Beatriz de Silva. Como ella, Madre Mercedes supo aunar en toda su vida interior y en su estilo eclesial el celo exigente de la respuesta a la gracia con el anonimato del silencio, signo de todo aquello que reposa en Dios. Esta sería la impresión primera de su

figura: una persona que, acompañada de las obras que realizó con el esfuerzo continuo de largos años, reposaba serenamente en Dios.

-Se ve en esta estabilidad y serenidad no estridente otro de los rasgos de la virtud heroica: el crecimiento conjunto de todas las virtudes, pues el destacar de una sola virtud, en detrimento de las otras, puede señalar una psicología no curada por la gracia, que sigue sólo la vía que más le facilita su propia naturaleza. Esto no sería virtud heroica, pues no reflejaría la integridad de Cristo, en quien aparece sobrenaturalmente unido lo que desde una perspectiva meramente humana resulta siempre difícil conciliar en la propia existencia. En Madre Mercedes la alegría va siempre acompañada de una honda exigencia y una ascesis muy seria inspirada por un sentido de penitencia e inmolación a favor de los hermanos; el empeño total en la lucha por lo que creía ser misión divina, la reforma de la Orden en su «vuelta a las fuentes», iba unida con un desapego personal de esta misión, que veía siempre dependiente, en sus realizaciones y perspectivas, del momento de la providencia y de la acción misteriosa de Dios, a pesar de las inercias en el camino, que siempre le sorprendían, aunque nunca le llevaron a desconfiar del don y la misión recibida; su alta exigencia en la orientación de la vida común del monasterio y los altos ideales que infundía en sus novicias van acompañadas de una voluntad explícita de no crear apegos afectivos, que robarían la libertad con la que el sujeto tiene que responder a Dios de su propia vocación; el gozo profundo de la criatura nueva y la inspiración hacia la vuelta al Paraíso van unidos a una conciencia profunda de la seriedad del pecado, vivida con una repugnancia no escrupulosa a la más mínima falta, considerada como infidelidad al amor. Son rasgos que se pueden descubrir en la vida de los santos, aunque en ella resalta sobre todo el sentido de armonía y la serenidad, la naturalidad nada artificial con que los vive. Tras una aparente normalidad de vida,

encerrada en la objetividad y cotidianeidad gris de la vida monástica, resplandece en su figura global una belleza y luminosidad que son fruto de la gracia divina: la belleza de la santidad a la que estaba orientada toda su vida.

-Se puede decir de ella que destaca su constancia y equilibrio a lo largo de toda su vida.

3.4.- La delicadeza de su alma

-En sus cartas a su director espiritual se puede percibir la delicadeza de un alma abierta a conformar su vida con la voluntad de Dios. Sus sufrimientos quedan en las manos de Dios; el reconocimiento de sus debilidades es motivo de reconocer con más fuerza el amor de Dios. Veamos algunas de sus expresiones:

“He sufrido mucho esta temporada, pero lo necesitaba. Por la misericordia de Dios, he reconocido defectos y deficiencias que tenía y que pasaban inadvertidas para mí. Me encuentro más fuerte en el espíritu, más cerca de Jesús. Sólo queda una delgada tela para encontrarme con él. Su presencia es más luminosa y amorosa, más familiar, más íntima, más cercana. ¡Qué inmenso es el amor de nuestro Dios! Me amaba como si no tuviera defectos. Ahora que he reconocido unos pocos, me doy cuenta de cómo me disimulaba y sufría tantos y tantos como tenía. Y ahora sigue haciendo lo mismo. ¡Oh Dios!, qué amor tan sincero el suyo, Padre, ¿cómo puede amarme tanto con lo ruin y pecadora que soy? Si ahora he descubierto tantos defectos en mí, ¿cuántos me quedarán? Y, él me ama... tanto... tanto. ¡Oh qué gran Dios tenemos!, ¿por qué no haremos más locuras por él? ¿Por qué los hombres olvidan tanto bien? ¡Dios mío... Dios mío, haz de mí lo que quieras y como quieras, con tal de que te conozcan y amén los hombres!”.

-En otra de sus cartas decía:

“Tengo mucha paz y gozo en el espíritu. Creo que digo otro estado de gracia superior al anterior. La virtud es más recia o madura y me cuesta muy poco practicarla. Todo esto lo hace el amor inmenso de un Dios generosamente enamorado de sus criaturas. Gozo, hasta en verme tan miserable, porque llegará a conocerlo la gente y le alabarán eternamente por ello. ¡Dios, sólo Dios! ¡Sólo Dios es el inicio de todo los hombres, nada, nada sino tienen a Dios!”

-Le duele que no salga adelante ese anhelo de reforma, de nueva vida en el carisma concepcionista, y así se lo dice a su director espiritual:

“A esta pena se une el convencimiento porque así es, que esto no puede salir porque yo lo he echado a perder con mi tibieza en el servicio de Dios. No he cooperado con Dios en lo que él quería. Dios necesitaba un alma más generosa, que se hubiese tomado más en serio sus gracias. He jugado demasiado. Lo digo en serio. Sobre todo últimamente, he aflojado en la oración y penitencia, y por consiguiente en la conducta. Me da pena decirlo, pero es verdad. He llorado amargamente hoy la oración por esta causa y he pedido perdón a Dios. A Jesús le he pedido por los méritos de su Madre Santísima y el amor que tiene a su Padre y el celo de su gloria, puesto que la nueva vida ha de ser sólo para y por El, que me perdone y disuelva las dificultades a fin de que pueda realizarse. Le he ofrecido ayunar toda la Cuaresma a pan y agua. Para no estropear el estómago, tomaré malta caliente. Espero que V. me lo

aprobará. Haré todo lo posible por disimularlo. Si me veo en algún compromiso, tomaré algo a mediodía del primer plato. Comenzaré de nuevo la oración y penitencias de medianoche. Rece por esta pobre pecadora.”

-Cuando encuentra la paz y el contento en la voluntad de Dios se expresa así ante su director espiritual:

“Se está muy bien dentro del corazón de Dios, sin desear más que su adorable voluntad. Ahí estamos, con nuestro proyecto, mis hijas (perdone, que es la primera vez que digo esta palabra) y yo. Nada deseo sino su voluntad y cumplir la como él la quiere y espera. ¡Sólo Dios, sólo su voluntad! no me queda otra cosa, ni puedo desear otra cosa. ¡Sólo Dios!, ¡qué felicidad tan cumplida da esto!. Sólo deseo la voluntad santísima de Dios, aunque anhelo con toda mi alma vivirlo. Estoy abandonada a su querer.”

-Hija de la Iglesia, hija de obediencia, así se lo dice a su director espiritual:

“Pero todo lo rindo ante la obediencia, que es mi mayor tesoro. Sólo siento comenzar la “nueva vida”, por si pierdo la dicha que ahora tengo, la de ser súbdita. Pero en fin, trabajar por “vivirla” es también obedecer a Dios. Por ello continuaremos haciendo todo lo que esté de nuestra parte por conseguirlo, descansando la voluntad propia en la de Dios para que El disponga lo que quiera en ello. ¡Sólo deseo su voluntad en todo, y obedecer es mi mayor contento y felicidad en el estado en que ahora me encuentro!”

-Un alma con la sensibilidad del amor a Dios a flor de la piel del corazón, capaz de ahondar en lo más profundo de su ser. Con gran sencillez se lo dice a su director espiritual:

“Por la misericordia de Dios salí del que tenía estos últimos meses. Yo no me reconocía a mí misma según estaba. Le dije algo en mi anterior carta. Ha sido muy grande el sufrimiento al verme incapaz de practicar la virtud. He sido muy mala de verdad, Padre. Ahora reconozco que tenía yo la culpa, pero entonces parecía que era todo el infierno el que estaba contra mí, el infierno y tierra, porque las criaturas por permisión de Dios me han causado muchos sufrimientos. Así andaba sin saber qué hacer, pues acudía al Señor y lo encontraba enojado contra mí; ni a mí misma me soportaba yo, aunque tenía paciencia y trataba de sacar de tal estado la lección que se desprendía: que nada somos sin Dios. Verdaderamente es duro experimentarlo, pero muy necesario para arraigarnos en la verdad. Hasta tal extremo que experimentado mi impotencia que casi casi, o al menos, he sentido la tentación de la desesperación al verme así, impotente para el bien y abandonada de Dios. Todo mi obrar era defectuoso e incluso lo que antes creía bien hecho ahora lo veía lleno de defectos y poco agradable a Dios por tanto.”

-A cara y pecho descubierto. ¿Quién tiene el valor de abrir su espíritu con tamaña transparencia?:

“No sabiendo qué hacer para salir de ese estado tan desolador, se me ocurrió, o Dios me lo inspiró, hacer una confesión pública de mis pecados tal como me veía delante de Dios. Y así lo hice. Escribí

mis pecados sobre mi vida religiosa o comunitaria y en el examen de Completas donde acostumbramos a acusarnos de los defectos cometidos durante el día sobre la observancia religiosa, me acusé de mis pecados aún los íntimos y pedir perdón a la Comunidad por los malos ejemplos que había dado. El caso es, que he salido del estado en que estaba y he vuelto a recobrar el que tenía: la paz en el alma, la amistad amorosa con mi Dios, el gozo y dulzura espiritual que me hace obrar la virtud en todo momento, en una palabra: la felicidad que trae consigo el estar a bien con Dios, el darle lo que nos piden todo momento. De verdad, que sólo deseo amarle y servirle con todo mi corazón, por eso, sentirme rechazada por él fue para mí mayor tormento que el que me pudiera ocasionar la confesión pública de mis pecados, aunque ésta fue tal, que una Hermana salió toda acongojada del acto penitencial y no pudo dormir aquella noche. Pero es sin comparación mayor pena la pérdida de Dios. ¡Gloria a El!"

4.- Los santos que reclama el presente de la Iglesia y de nuestro mundo:

Ya que no nos es dado el poder determinar los perfiles de la santidad propia de cada uno, queda la esperanza de conocer al menos los rasgos que caracterizan al santo de nuestro tiempo.

No faltan encuestas e indicaciones sobre el tipo de santidad hoy preferido: atención a las actitudes de conjunto, más que al detalle; desarrollo de la dimensión comunitaria; interés por el hombre, en amor y obras; desarrollo de la personalidad humana, sensible a la historia y al mundo, solidario de todos.

Algo podemos entrever, a partir de las funciones que Dios les ha enviado a cumplir en la historia anterior que conocemos. Hombres que revelan a sus hermanos la presencia de Dios y las aspiraciones más íntimas de esos mismos hermanos; que les devuelven a lo esencial en la creciente dispersión. Cristianos sin espectacularidad, que reaniman la vida y mantienen la esperanza en las personas.

El santo de hoy vive entre nosotros, pasa inadvertida, dedicada a su obra, con una buena dosis de abnegación; es probablemente objeto de contradicción. Probablemente es incompleto y vulnerable, porque Dios le dio solamente un carisma que cumplir, y deja ver toda su pobreza en lo demás.

El santo es fruto maduro producido por el encuentro de la gracia divina y la libertad humana en el tiempo. Ni una ni otra dependen, estrictamente hablando, de nuestra mentalidad. Es ACTUAL el santo que Dios quiere dar a cada época. Y frecuentemente envía, no el que los hombres desean, sino el que más necesitan.

Como conclusión y colofón de estas reflexiones sobre la santidad y virtudes de la Madre Mercedes me sirvo de unas bellas palabras de uno de los censores teólogo, que nos dice:

“En definitiva, la sinfonía orgánica de las virtudes resplandece en ella en un grado sólo comprensible desde la unión divina tras la muerte, en sus palabras, al «yo» del pecado y una existencia entregada a la ascesis, a la purificación y a la penitencia: espíritu de pobreza, alteza de la obediencia, simplicidad y rectitud de vida, hondo espíritu de fe y conformidad a la voluntad divina, exquisita caridad, celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, docilidad al Espíritu Santo y a sus dones en una continua actitud de discernimiento que la hacía capaz de ver el fondo de las personas

sin juzgarlas nunca. Y todo ello, repito, sin estridencias, sino vivido en el fondo mariano del anonimato eclesial monacal, para abrir un camino en la Iglesia, hondamente anhelado pero dejado en las manos y en el tiempo de Dios en lo que respecta a las realizaciones y los frutos esperados. Así pues, y finalmente, considero que la personalidad de Madre Mercedes, en su mensaje eclesial y teológico contenido en sus escritos, puede ser presentada a la veneración e imitación de los fieles como una invitación luminosa al retomo a la santidad del proyecto creador de Dios por el seguimiento de Cristo y el enraizamiento en el seno de la vida eclesial, cuyo corazón es la misma persona de María Inmaculada.”

Muchas gracias a todos